

‘AnZiedad’

Luz Sánchez Mellado

Da gusto verlos. Tan altos, tan guapos, tan listos, tan libres. Tan nosotros mismos, pero tan mejorados por los recursos y los desvelos que hemos invertido en ellos, que no reparamos en lo que se les puede pasar por la cabeza. Son nuestros hijos, nuestros vecinos, nuestros chicos y chicas, nuestro futuro. Esos seres digitales que se van a comer el mundo porque lo tienen todo para devorarlo. Los viejos pensamos que son felices por defecto. Porque no tienen cargas, porque están en la flor de la edad, porque es lo que toca. Igual erramos. Nuestro mundo no es el suyo. Mientras nosotros tenemos todo el pescado vendido, ellos aún no han pescado, las artes de pesca han cambiado y no sabemos enseñarles. Mientras nosotros elegíamos un oficio entre un puñado, ellos escogen entre el infinito, con la diferencia de que los trabajos de los que comerán aún no existen, y los que existen tienen los días contados. Mientras nosotros pasábamos selectividad y tirábamos, a ellos les miden a la centésima para una beca, unas prácticas, un curro precario. Mientras nosotros nos comparábamos con los amigos, los primos y las portadas del *¡Hola!*, ellos se comparan con 1.000 millones de usuarios de Instagram con caras perfectas, cuerpos perfectos y vidas perfectas, aunque sean falsas, sin salir de su cuarto. Mientras nosotros, en fin, soñábamos con vivir de lo que amábamos, ellos sueñan con el éxito, sea eso lo que sea, y todo lo demás se les hace poco porque les venden que, si quieren, pueden.

No, no estoy agorera. Un reportaje del muy riguroso *The Economist* sostiene que la generación Z —los nacidos desde 1997— es la más ansiosa y deprimida de la historia. Me lo creo. En el siglo XX, cuando el globo era finito, decíamos que algo se nos hacía un mundo cuando no podíamos con ello. En el XXI, lo que a muchos se les hace un mundo es, literalmente, el mundo entero. Un mundo tramposo, retocado, implacable.

COMENTARIO CRÍTICO

La juventud actual se mueve en una sociedad competitiva y muy exigente en donde se busca destacar sobre los demás y dar lo mejor de uno mismo y, quizás, las armas que disponen para enfrentarse a esta no son las mejores.

En primer lugar, tienen que enfrentarse a lo que la sociedad, marcada por las redes sociales, les exige en su aspecto físico, e incluso, en sus comportamientos. Así, se dejan guiar por unos parámetros de belleza, moda y actitudes que quieren seguir para no diferenciarse del grupo, cuando realmente la personalidad está en que cada uno de nosotros podamos decidir vestir lo que nos guste y no, comportarnos como si fuésemos rebaños ya que lo que enriquece a las sociedades es la diversidad de sus individuos.

Además, la idea de éxito está presente en sus vidas desde pequeños, inculcada, en muchos casos, por unos padres que buscan que sus hijos sean lo que ellos no fueron. Buscar logros y metas es inherente al ser humano, pero no debe ser el único objetivo en la vida de las personas, ya que si el éxito no llega, vendrá la frustración y la decepción y, como sabemos todos, para conseguir éxitos, que realmente valgan la pena, se necesita muchísimo trabajo y esfuerzo, precio que no todos están dispuestos a pagar.

A ello hay que añadir otras dificultades que hace años no estaban tan remarcadas. Hoy en día se van a encontrar con trabajos precarios, de unos días, o incluso de horas, mal pagados y sin condiciones dignas, que han sido parte del producto de una reforma laboral implacable donde el trabajador ha sido lo último que se ha tenido en cuenta. Pero, como lo importante son los titulares y los beneficios del partido de turno, poco importa que los derechos laborales, conseguidos en años de lucha de los trabajadores, acaben pisoteados.

Unido a esto también están los cambios que vienen en el mercado laboral, el cual cada vez se va a especializar más, con profesiones para gente muy formada. Esta situación acarreará otro problema importante: la aparición de una gran masa social sin formación, ni estudios, pero que van a necesitar un sueldo como cualquier trabajador y las preguntas surgen: ¿Renta básica universal? ¿Se podrá tener un sueldo sin trabajar?. El futuro nos lo dirá.

Sin embargo, aunque existan diversos factores negativos, también, es cierto, que hay otros positivos. Los jóvenes de las sociedades occidentales viven en un mundo donde el acceso a la educación les permite formarse en múltiples profesiones y, con ayuda de internet, acceder a un amplio mercado laboral a nivel mundial. Viven en sociedades democráticas, libres, con derechos y en donde se han logrado grandes cotas de igualdad, aspecto muy positivo, frente a la situación que vivieron muchos de sus padres o abuelos y esas ventajas deben saber aprovecharlas.

Los cambios del siglo XXI son vertiginosos en lo social, lo laboral y lo personal y la juventud debe vivir su momento, aprovechando las múltiples oportunidades que el mundo globalizado les brinda porque, aunque existan dificultades tienen que saber encontrar los mecanismos para hacerles frente. El futuro está en sus manos, pero sin pretender abarcarlo todo, porque, como decía Machado “*se hace camino al andar*”.